

59CF071301/007

Número 7. 1 quincena de Noviembre de 1893.

LA

# QUINCENA

REVISTA DE LETRAS

## SUMARIO:

Problemas fundamentales. Juan A. Martínez.

Trova. Segundo I. Villafañe.

Saliloquio. Lucio V. Mansilla.

Derechos de autor. Lisandro Segovia

Cuento ejemplar. Gustavo Hervés.

De Behety.

Una Comedia. \*\*\*

Quincena social. Guante Blanco.

Libros y periódicos.

Notas.



Administración: *Piedad 383*



Muy triste, trotando en su oscuro va el mozo,  
sin luz la mirada,  
del alma á los labios brotando el sollozo.

¡Tan pronto! ¡qué importa! ¡Profunda es la herida!  
¡Quién colma su anhelo!  
¡Quién halla en el mundo la dicha cumplida!  
El mal es de amores. ¡Profunda es la herida!  
¡No hay luz en el cielo,  
ni aroma en los campos, ni halago en la vida!

La tarde está fría, muriente, apagada.  
Muy triste, muy triste, de vuelta va el mozo,  
la faz demudada,  
recién sobre el labio pintándole el bozo.

SEGUNDO I. VILLAFANE.

## SOLILOQUIO

EN la oscuridad, cuando estoy solo, me siento anonadado.

Me domino; pero tiemblo.

La noche y los perros son mis dos grandes pesadillas.

Yo amo la luz y á los hombres, aunque he hecho más locuras por las mujeres.

No puedo decir lo que me aterra cuando estoy solo en un cuarto oscuro, cuando voy por la calle en tenebrosas horas, cuando cruzo el monte umbrío; como no puedo decir lo que sentía cuando trepaba las laderas resbaladizas de la gran Cordillera de los Andes, sobre el seguro lomo de cautelosa mula.

Pero siento algo de pavoroso, que no está en los sentidos, que está en la imaginación, en esa región poética, mística, fantástica, ardiente, fría, límpida, nebulosa, transparente, opaca, luminosa, sombría, risueña, triste,—que es todo y no es nada,—que es como los rayos del sol y su penumbra,—que cría y destruye,—que forja sus propias cadenas y las rompe,—que se engendra á sí misma y se devora,—que hoy entona tiernas endechas al dolor,—que mañana pulsa el plectro aurífero y canta la alegría,—que hoy ama la libertad y mañana se inclina sumisa ante la oprobiosa tiranía.

¡Ah! ¡si pudiéramos darnos cuenta de todo lo que sentimos!

¡Si nuestra impotente naturaleza pudiera tocar los lindes vedados que separan lo finito de lo infinito!

¡Si pudiéramos penetrar en los abismos del mundo psicológico, como alcanzamos

con el telescopio á las más remotas estrellas!

¡Si pudiéramos descomponer los rayos de la mirada del hombre como el espectro solar descompone los rayos del gran luminar!

¡Si pudiéramos sondear el corazón como los bajíos tempestuosos del mar!

¿Seríamos más felices?

¡Más felices!.....

¿Somos acaso felices?

Si constantemente hablamos de la felicidad, es porque tenemos idea de ella.

Definidme, pues, lo que es.

Quiero saberlo, necesito saberlo, debo saberlo: es mi derecho.

Sí, yo tengo derecho á ser feliz, como tengo derecho á ser libre.

Porque he nacido libre.

¿Qué es la libertad?

¿No es el poder de obrar, ó de no obrar, no es la facultad de elegir, no es el ejercicio de mi voluntad consciente, reflexiva, deliberada, calculada, espere daño ó bien?

¡Os atrevéis á tacharme la definición!

¿Qué me vais á decir?

Os advierto que no hablo como un lejista, sino como un filósofo, y os admito la diferencia.

Convenido: la libertad es éso: mi derecho corriendo en línea paralela con el vuestro, una abstracción susceptible de asumir una fórmula gráfica:

—A mi derecho.

—A vuestro derecho.

Luego, un derecho que se sobrepone á otro no es derecho: es abuso ó tiranía.



Yo tengo el derecho de hablar, vos también.

Si os impongo silencio y no callo, os oprimó. Yo tengo el derecho de trabajar para mí, vos también.

Si os hago mi esclavo, os tiranizo.

Estamos acordes.

Pues bien.

¿Que no es jurídica, porque la libertad es el poder de hacer lo que no daña á otro?

Insisto en ello. Yo tengo el derecho de ser feliz. Lo reconozco, me contestáis: no me opongo á ello, no tengo cómo oponerme; lo intentaría en vano.

Es mentira, puesto que mi felicidad consiste en que me devolváis el amor de la mujer que me habéis robado.

No depende de mí. En todo caso dependerá de ella.

Pero es que si ella volviese á mí no volvería como antes era: para que lo fuera, hubiera debido permanecer inmaculada, y la habéis corrompido.

Suponiendo que yo pueda ser responsable de vuestra felicidad, os prevengo que hacéis un sofisma cuando la comparáis con el derecho.

No os entiendo.

Quiero decir que el derecho regla las relaciones naturales de la humanidad; que si la libertad es un derecho, la felicidad no lo es.

¿Y por qué no ha de ser un derecho aquello que más necesito?

Tanto valiera que me dijerais que respirar no es mi derecho, siendo así que tengo el derecho de vivir, y que si no respiro muero.

Es que el sofisma consiste en que hacéis de un accidente una necesidad; de una cosa contingente, una cosa absoluta; de una cosa que está en vuestras manos, una cosa que depende de los demás.

¿Pero mi libertad, mi derecho están en ese mismo caso?

No, porque vuestra libertad y vuestro derecho están garantidos por la libertad y el derecho ajenos.

*Alleri non feceris quod tibi fieri non vis.*

No hagas á los demás lo que no quieres que te hagan á ti mismo.

*Alleri feceris quod tibi fieri velis;*

Haz á los demás lo que quieres que te hagan á ti mismo.

Estos dos aforismos encierran todos los deberes del hombre para con sus semejantes y con la familia.

No protesto contra esos principios; arguyo sólo que si mi felicidad no daña á los demás, tengo el derecho de exigir ser feliz.

¿A quién?

¿A quién?

Sí, ¿á quién?

Contestadme.

Os he pedido que me defináis la felicidad.

¿Qué os define la felicidad?

Si la felicidad no es absoluta, es relativa.

No es como el bien y el mal, como lo bueno y lo malo.

Es objetiva y subjetiva.

Depende de las circunstancias del carácter, de las aspiraciones de accidentes sin fin.

Os entiendo.

Queréis decirme que un fraile de la Trapa, vicioso, descreído, puede vivir más tranquilamente en su retiro, que yo creyente y sano en el bullicio de la sociedad.

Precisamente.

¿Entonces qué recurso nos queda á los que rodamos fatalmente en ese torbellino?

Tomarlo como viene, resignarse.

La conformidad puede convenirle á un esclavo.

¿Y creéis haber dicho algo?

Si no lo creyese no hubiera hablado.

Os prevengo, sin embargo, que sois esclavo de vuestras pasiones.

¿Y qué me queréis decir?

¿Quería recordaros que Dios es inescrutable, que el hecho de no poder definir satisfactoriamente una cosa en abstracto, no prueba que la cosa deje de existir; en una palabra, que habéis sido insensato al exclamar con desaliento: ¿somos acaso felices?

LUCIO V. MANSILLA.